

ECO DEL SEGURO

AÑO V.

CIEZA 16-MAYO DE 1909.

NÚM. 206.

BANCO DE CARTAGENA

CARTAGENA, MURCIA, SEVILLA, ALICANTE, HUELVA, LORCA, LA UNIÓN, ÁGUILAS, ORIHUELA, MAZARRÓN, CIEZA, CARAYACA, MELILLA, HELLÍN, BLOQUE Y YOLA.

CAJA DE AHORROS

Saldo anterior	Ptas. 9.666.150'36
Imposiciones durante la semana	350.849'42
SUMA	Ptas. 10.016.999'78
Reintegros	260.901'99
SALDO	Ptas. 9.756.097'79

Cartagena 8 de Mayo de 1909.

SUCURSAL DE CIEZA. HORAS DE DESPACHO

CAJA: De 9 á 1, y de 3 á 4 y 1/2.
OPERACIONES Y GIROS: De 10 á 1.

Reflexiones

Amargas y tristes impresiones produjo en nuestro ánimo el hecho *criminoso*, digámole así, que unos cuantos rapaces, consumaron en la mañana del Miércoles último, en el Paseo de Marín-Barnuevo.

Un sol esplendoroso, radiante, vivificador, expandía por los ámbitos de la tierra sus amorosos y ardientes rayos; las flores polícromas, daban á los cielos claros, puros y hermosos, el perfume regalado de sus odorosos é impecables cálices; las trinadoras, las parleras aves, enyababan á los cielos sus cantos armoniosos, dulces y no aprendidos....

Todo respiraba dicha, felicidad, contento y bienandanza.

Por las anchas y bien cuidadas calles de nuestro bonito Paseo, saltaban y bullían gritaban y tomaban parte en el general contento, unos cuantos chiquillos.

Con la democracia, única y verdadera que existe en la edad envidiable de los pocos años, se mezclaban y confundían, se entregaban á juegos inocentes, con la más sencilla y más pura de las amistades, hijos de casas acomodadas: futuros déspotas y verdugos, ó venideros tesoros de santa caridad para con los desheredados de la Fortuna loca, y descendientes del honrado y sufrido trabajador: criminales avezados mañana, ó, en el tiempo venidero, gloria del suelo que los vió nacer.

Yo, embebido en las penosas tareas del trabajo, no paré mientes en la turba infantil que se solazaba, hasta que incoherentes gritos, por élla dados que atronaban el aire, y estruendoso y sostenido palmotear, me hicieron, en un momento de curiosidad invencible, dejar mis labores y salir á la puerta de la calle.

Aquellos niños, que yo creía, gritaban de noble contento y que se di-

vertían en juegos inocentes, me hicieron sufrir, me llevaron al estado del triste pensar, cuando los ví, con furia loca y desenfreno incomparable gozarse en destrozarse todo un reino de seres vivientes, feliz y dichoso, cuando los componentes ó formadores de aquel estado, ni á ellos declararon oposición alguna, ni daño hicieron, ni en sus juegos los inquietaron, ni realizaron en su contra acto alguno, que mereciera justa indignación y severo castigo, de parte de aquellos diminutos devastadores.

Masa compacta de pardas y zumbadoras avejas, revolaban en torno de joven y elevado pino, hasta el momento en que su reina, cansada de evolucionar en el aire, posó sus leves plantas en el gomoso tronco.

Aquella turba feliz, tan ciega en la obediencia como desconocedora de la holganza, circundó á su jefe supremo, al dueño único é indiscutible de las vidas y haciendas de sus seguidores; al señor feudal del microscópico reino, y se fué colocando de forma que el regio cuerpo tuviera por malla impenetrable y férrea cota, los cuerpos blandos de todos los que le rendían ciego vasallaje y firme acatamiento.

Y así estuvieron zumbando y revolando; ya separándose del *bolo* formado, ya volviendo á él con amor de hijo; ya inquiriendo en donde podría dignamente su *rey* alojarse, hasta que un chiquillo vió al pequeño reino asentado en el árbol.

Este rapaz, dió la voz de alerta, y cual antiguo toque de rebato dado por bórico patriota resonó su voz con fuerza poderosa, y ejército decidido de *aguerridos soldados* ocupó todos los puntos estratégicos para derrotar al *enemigo*: guerrero pero prudente; valeroso pero indefenso.

El general improvisado, dió las órdenes de que todos sus secuaces se cubrieran la cabeza con pañuelos blancos, y de que cargaran sus manos y bolsillos de calizos proyectiles.

Con pasmosa rapidez y celeridad vertiginosa se ejecutó el mando, y á señal enérgica del mandante jefe, llovió sobre la negra piña formada por aquellos indefensos animales espesa nube de duras piedras, que sembró el suelo de diminutos seres *sua* vida.

La acometida tan brusca, como inesperada que las indefensas avejas recibieron, ocasionó un movimiento de confusión en el reino unido; confusión que fué celebrada con exclamaciones de alegría y palmoteos de júbilo por aquellos seres, pequeños tiranos de las modernas sociedades.

Repuesto un tanto el confundido reino, preparó sus huestes aguerridas; dió su rey la voz de «á defenderse», y miles de avejas cayeron sobre la turba infantil, clavando en élla sus afilados aguijones.

Esta turba, aunque mayor en fuerza, emprendió muy veloz carrera, dando margen su marcha acelerada y los agudos y estridentes gritos del que herido se encontrara, á que fueran sumándose nuevos partidarios de la destrucción de un pueblo numeroso, inocente y feliz.

Nueva acometida por parte del infantil ejército, y nueva tanda de cadáveres cubrió la tierra. Y todas las avejas mueren, todas sucumben seguramente, si no hubiéramos obligado á la *reina* á remontar el vuelo, para librarla de su destrucción y con la suya la de sus vasallos.

Y después que conseguimos que el enjambre se perdiera entre las capas azuladas del éter impalpable, pensábamos en el distinto modo de obrar de avejas y chiquillos, y comparábamos el opuesto modo de ser de los seres racionales y el de los seres irracionales.

En efecto; las avejas descansaban de largo viaje en donde se creían á cubierto de asechanzas de artero enemigo; en donde se juzgaban libres de segura muerte; en medio de cultas sociedades que rindieran á su labor y á sus vidas el justo respeto y el merecido tributo.

Los chiquillos tan faltos de educación moral como pobres de sanos sentimientos, destruían lo que era más digno de admiración: La sencillez, la inocencia, el trabajo, la indefensión.

Las avejas se dispusieron á la lucha con ardor guerrero, al verse ultrajadas sin haber faltado; los chiquillos herían y mataban cobardemente esquivando los golpes contrarios y poniéndose al abrigo del ataque opuesto, salvando grandes distancias con veloz carrera. Las avejas acometían de frente y de cerca; los chiquillos de espaldas y de largo.

¡A que tristes reflexiones nos condujo aquél combate desigual, inicuo y reprochable!

El corazón de niño que á herir se hace y á matar se acostumbra, en los primeros años, cuando ya es en él innata y arraigada la costumbre, si hoy mata insectos, mañana matará hombres; si hoy destruye, con piedras, reinos de avejas, mañana destruirá con bombas cargadas de dinamita imperios de hombres.

¡Que los niños, como los árboles, si torcidos empiezan á crecer y no se les endereza el curvado tronco, cuando el tronco adquiere consistencia fuerte, antes que ponerse derecho, saltará hecho pedazos cuando se intente hacerle perder las deformidades adquiridas!

De otra parte: El niño que adquiere el hábito de destruir vidas de insectos, mañana, destruirá honras de semejantes; porque desprovista su alma de sentimientos de caridad, poco habrá de importarle, y verá como una cosa muy corriente, no apiadarse de la desgracia del prójimo y empujarle, para que se estrelle y sucumba, si lo encontrarra al borde del precipicio de la desgracia.

Y no se nos objete, en contra de lo dicho, que las criaturas *no saben lo que se hacen*. ¡Por eso que no saben lo que se hacen, es preciso que siempre lo ignoren, y que permanezcan siempre en la ignorancia!

•Pero, no; los niños hoy, *lo saben*; por-

